

# El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia



## 2 - Callejeando por los barrios del casco histórico

FRANCISCO SOLANO  
MÁRQUEZ  
COORDINADOR



INSTITUTO DE  
BELLAS LETRAS  
REAL ACADEMIA  
DE CÓRDOBA  
1810

Coordinador  
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

*Colección Teodomiro Ramírez de Arellano*

El callejero cordobés,  
reflejo de nuestra Historia

2

# **Callejeando por los barrios del casco histórico**

Coordinador:  
Francisco Solano Márquez



REAL ACADEMIA  
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES  
DE CORDOBA

2024

EL CALLEJERO CORDOBÉS, REFLEJO DE NUESTRA HISTORIA  
2 / CALLEJEANDO POR LOS BARRIOS DEL CASCO HISTÓRICO  
Colección *Teodomiro Ramírez de Arellano*

Coordinador:

Francisco Solano Márquez, académico correspondiente

Portada:

Arco Bajo de la plaza de la Corredera

© Real Academia de Córdoba

© Los Autores

ISBN: 978-84-129784-0-7

Dep. legal: CO 2208-2024

Impreso en Litopress. [edicioneslitopress.com](http://edicioneslitopress.com) - Córdoba

---

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia

---

2. Callejando por los barrios del casco histórico



## **San Miguel-Capuchinos, corazón medieval**

MANUEL FERNÁNDEZ  
Académico Correspondiente y Periodista



Uno de los milagros de este corazón medieval de Córdoba, situado en el centro de la ciudad, donde el arte de la arquitectura se mezcla con el de la música, es que puedes asistir a la elevación del espíritu con sonido de violines y contemplar, ya casi en los cielos, esos rosetones que iluminan las naves y que son una singularidad arquitectónica, como la portada mudéjar de esta iglesia. En San Miguel, una iglesia que fue mezquita, se mezclan tantos mundos como en la terraza de un bar.

Acaba de sonar al comienzo de una boda la creatividad casi imposible del *Adagio* de Albinoni al que sigue, como la lógica continuidad de un alma enamorada, el *Canon* de Pachelbel, que aún se está en la hora del espíritu, pues todavía no ha llegado el tiempo del desmadre de la fiesta. Dentro de la iglesia el barroco luce en el altar mayor en una de las piezas más interesantes del templo, el retablo de mármol rojo. Una iglesia, esta de San Miguel, donde en su día los alumnos de sexto del Seminario de San Pelagio, cuando era párroco don Luis Chumillas, la describimos para la asignatura de Arte y que por su centralidad, hasta para bodas y entierros de distintos rangos, ha ocupado el lógico protagonismo social.

Una voz de mujer reza el rosario antes de las ocho de la tarde, mientras dos curas esperan perdonar pecados en los confesionarios de la nave de la epístola. Algunas feligresas quedan “a las seis y media en Zalima” mientras el sacristán le pone excesivo empeño a echar cerrojos –que chirrían con la contundencia de la Edad Media– a las puertas mudéjares de la epístola y el evangelio. Aunque es lo de menos. Lo sublime es escuchar música clásica que te arrebatara en medio de la contemplación de esta arquitectura.



*Exterior de la parroquia de San Miguel, templo fernandino que da nombre al céntrico barrio, con la modesta torre añadida en el siglo XVIII. (Foto FSM).*

Vuelven a sonar en mi memoria el *Adagio* de Albinoni y el *Canon* de Pachelbel, composiciones eternas sin principio ni fin, tan amarradas a los bancos de esta iglesia como a ese mundo etéreo de sueños donde la vida se convierte en sinfonía inacabada. Como esas columnas románico-góticas, siempre apuntando hacia el cielo, pero castigadas a no salirse de la tierra. Debería ser obligado que en estas iglesias de belleza indescriptible hubiese unas horas dedicadas a escuchar música clásica en esencia. Sería como rescatar la sensibilidad de la ostentación del ruido. Como ese privilegio que supone contemplar el rosetón de la Edad Media en el siglo XXI mientras te comprabas unos zapatos en Calzados Toril. O ver pasar, en aquellos tiempos, la Semana Santa por los costados de la iglesia desde la taberna Casa el Abuelo o desde la estrechez de la calle San Zoilo.

### **Los riñones de San Zoilo, en un pozo**

En la calle San Zoilo –según escribe Francisco Solano Márquez en *Córdoba insólita*– pervive la portada de la antigua ermita del mismo nombre, erigida en 1740 sobre el solar de la casa de aquel santo varón, martirizado en torno al año 303 por el gobernador Daciano. En la parroquia del Sagrario aparece plasmado por el pintor Arbasia, junto a un texto descriptivo del martirio en el que se asegura que “fue azota-

do, despedazado con garfios y abierto por las espaldas para sacarle los riñones, y no pudiendo el tirano sufrir su constancia le cortó la cabeza con su espada”. Y en la capilla catedralicia de la Concepción otra pintura muestra la cruel escena. Una antigua tradición asegura que en el pozo de la casa citada “arrojaron los riñones del santo, y no faltan beatas de las antiguas que aseguren haberlos visto salir en el cubo al sacar agua, y que, al irlos a recoger, han saltado por sí solos a lo hondo, donde han de permanecer incorruptos”. Conmovedor. Sobre el dintel de la portada un bajorrelieve muestra el pozo de la leyenda. La cercana plazuela Mármol de Bañuelos tomó su nombre de la columna romana que hubo en el lugar, en la que, según la tradición, estuvo atado San Zoilo mientras lo martirizaban.

Es tan mágico este espacio arrebatado al centro que es el único lugar donde Casa El Pisto-Taberna San Miguel pudiera sentar plaza. Como lo hiciera el Club Guerrita en 1896. Cerca de donde Moka estimulaba el amanecer con olor a café y chocolate.

### **El Círculo de la Amistad, protagonista indiscutible de la calle Alfonso XIII**

El Círculo de la Amistad, en la calle Alfonso XIII, que emerge majestuoso en la cima de la cuesta, es el símbolo que representa esta arteria. Aunque de apariencia distante y distinguida, apta sólo para los designados por la fortuna, el Círculo es consecuencia del antiguo Liceo Artístico y Literario, una inquietud surgida del pueblo que vio en este desamortizado convento de las Nieves, además de una casa donde instalarse, una oportunidad, en su capilla, de redención por la cultura. Sin embargo, y como suele ocurrir en las actividades donde pesa más el voluntarismo que las posibilidades, aquel primitivo e idealista Liceo hubo de fusionarse con el capital, que instaló en el espacio un casino. Así, en 1854, según reza en la placa de su puerta, se inauguraba el Círculo de la Amistad, Liceo Artístico y Literario. A partir de entonces, este edificio y su enigmático interior para la mayoría de los vecinos de Córdoba ha sido el protagonista indiscutible de esta calle, haciendo sombra, en su momento, incluso al en su día Colegio de la Asunción, luego Rectorado de la Universidad y ahora sede provisional de la Real Academia, entre otros usos.

Como todo buen casino que se precie, y según la crítica de Pío Baroja en *La feria de los discretos*, allí se despellejaba alegremente al prójimo. Pero para algo quedaba el recuerdo de los fundadores del Liceo y de los antiguos moradores de aquella casa de vecinos. Y así, con el tiempo, allí se ha mezclado la elitista boda de etiqueta con el popular pregón de Santo Domingo, el cine-club más intelectual con el bingo de ludópatas, las máscaras de carnaval con las más rimbombantes y trasnochadas cenas de *apartheid* sociales, las pretensiones de clase más desmesuradas con las Conversaciones Nacionales de Teatro –algo le vería al Círculo el llorado Joaquín Martínez Bjorkman–, las discusiones andalucistas de Blas Infante y la postura agro-conservadora más recalcitrante. Y todo ello adornado de pinturas y obras de arte que hacen de este inmueble un espacio inigualable. Por su historia y sus fantasmas.



*Tramo superior de la calle Alfonso XIII, en la que sobresale la fachada del Círculo de la Amistad, antiguo convento femenino de las Nieves. (Foto FSM).*

La fachada de este edificio fue realizada entre 1928 y 1929 por Rafael de la Hoz Saldaña y Enrique García Sanz. Del amplio distribuidor de la entrada arranca la escalera principal adosada con lienzos de la etapa modernista de Romero de Torres. Desde el distribuidor se accede también a las salas de lectura, al patio y al Salón Liceo, una especie de paraíso “lujosamente decorado”. El patio principal es lo que queda

del viejo claustro de las Nieves, obra original del último tercio del XVI, cuya traza se debe probablemente a Hernán Ruiz, según la *Guía artística de Córdoba y su provincia* de Alberto Villar Movellán, María Teresa Dabrio González y María Ángeles Raya. Por toda la casa hay repartidas notables piezas artísticas, como la colección de litografías que adorna el patio, y especialmente las obras de pintores contemporáneos procedentes de donaciones y de contraprestación por las exposiciones celebradas en la Sala Céspedes, de auténtica memoria estudiantil, durante varias décadas. Miró, Zóbel, Rivera, Equipo 57 y una larga nómina se encuentran aquí representados.

El Salón Liceo es el espacio más espectacular del edificio. Y el de mayor afluencia popular porque en él se celebran comidas, conferencias, presentaciones de libros, obras de teatro, debates, pregones y todo aquel acto al que la ciudad le quiera imprimir el sello de la distinción. Este salón se concluyó entre 1867 y 1878 y contiene escenas referidas a la historia de Córdoba, antes y después de la reconquista de 1236, obra de José María Rodríguez Losada: Rendición de Córdoba a San Fernando es el lienzo mayor, situado en el testero de los pies. También hay pinturas que hablan de Córdoba, como las de Séneca y Nerón; los santos Acisclo y Victoria, patronos de la ciudad; la embajada de Otón ante Abderramán III; el regreso de Almanzor desde Calatañazor; la recepción de la reina Isabel a Cristóbal Colón; y la conducción de Boabdil ante Fernando el Católico, y el Gran Capitán ante el cadáver del duque de Nemours. El techo del Salón Liceo representa una alegoría de la música, la danza, las artes plásticas y las letras, obra de los hermanos Rodríguez Alvarado.

### **Alfonso XIII, cuesta arriba con sonidos como de orquesta desafinada**

A la salida del Círculo, calle Alfonso XIII arriba, los coches jadean tanto que dejan una estela de octano quemado que ennegrece las paredes de sus edificios. Sobre todo las de los que forman esquina con la calle Alfaro y arrancan del callejón de los Afligidos (donde en su día estuvo situado el hospital de la Preciosa Sangre de Cristo, fundado en el siglo XV). Como una burla del callejero oficial. Sin embargo estos sonidos seculares, como de orquesta desafinada, se redimen en el aire cuando el carillón de San Pablo eleva su música sacra por los cielos y

las campanas de la iglesia se desatan en ruegos para que los fieles acudan al oficio que va a tener lugar.

Es raro, a estas horas de la mañana, postrarse de hinojos ante un altar. Deben pensar eso –más en sus ocupaciones– los usuarios del autobús 7, que entra calle arriba con un bramido de acelerón triunfante, y los alumnos del Instituto Maimónides, antiguo Gobierno Civil, que, bocatas y chucherías en mano, hacen intransitable la estrecha acera del establecimiento de Perfecto Álvarez, que toda la vida ha afilado las navajas y tijeras de los barberos, las de mi padre entre ellas.

El edificio del Maimónides se encuentra en el solar que originariamente ocupó la casa palacio de los Duques de Almodóvar, también conocido como Palacio de los Marqueses de la Puebla, construida en el año 1764 sobre los terrenos que sus propietarios, los Fernández de Córdoba, poseían desde 1605.



*Falta perspectiva en la calle Alfonso XIII para apreciar los imponentes volúmenes del edificio modernista proyectado por el arquitecto Adolfo Castiñeyra para Gobierno Civil. (Foto FSM).*

En el año 1875 la Diputación compra la casa por 150.000 pesetas, según precio fijado en justiprecio, constando de unos 4.131 metros cuadrados y con el objetivo de dedicarlo al Gobierno Civil y a Diputación Provincial. En 1906, cuando el Gobierno Civil aún no llevaba treinta años instalado en él, se proyecta derribarlo y construir un edificio sobre el solar resultante para sede de las dos instituciones provinciales citadas.

Desde 1935 su distribución interior ha venido soportando las modificaciones y reformas para adaptarlo a los distintos usos de un edificio dividido en dos partes. La unificación no se produce hasta que en 1985 la Diputación cede, gratuitamente, a la Junta de Andalucía el edificio provincial denominado “Antiguo Gobierno Civil” para ampliación del Instituto Politécnico de Formación Profesional (desde 1997, IES Maimónides). La entrada al centro por la calle Alfonso XIII no se produce hasta julio de 1988. El IES Maimónides se ubica en un edificio centenario, en pleno corazón de la ciudad, en el distrito San Miguel-Capuchinos, obra del arquitecto Adolfo Castiñeira Boloix.

En la casa de enfrente de la antigua Sevillana de esta calle barojiana, decimonónica y de alcurnia, aún es posible imaginar la existencia de algunas ondas rezagadas de la primera emisora local de radio, allá por los años 30, con el apellido Algarra como muletilla inequívoca de la marca Radio Córdoba, donde la FM se convirtió en un clásico. Este espacio ciudadano, una especie de decorado que resiste al tiempo y en el que podrían rodarse películas de época, goza de una cierta habilidad para compaginar, sin desentonar, la historia con la vida. Calle arriba, pasando el Círculo de la Amistad, Botones Silvia ha puesto una sucursal y la marca Temola vende trajes de primera comunión y uniformes colegiales. Una calle, esta de Alfonso XIII, como la farmacia El Globo, con remedios para todo.



*La estatua del obispo Osio, inaugurada en 1926 y protegida por la araucaria que crece a sus espaldas, parece bendecir con su gesto la plaza de Capuchinas. (Foto FSM).*

### **Plaza de Capuchinas, donde el obispo Osio se levanta en estatua**

El obispo Osio, en estatua, está esta mañana en la plaza de las Capuchinas acompañado de unos cuantos “feligreses” que no suelen asistir a los oficios religiosos del convento de San Rafael —donde algunas mujeres jóvenes y casaderas, por San Antonio, suelen ir a buscar novio—, pero que sí suelen utilizar los servicios derivados. Los jóvenes estudiantes comen los bocatas del recreo mientras que los de más edad, abandonados a su suerte, a la que buscan a todas horas, exhiben barba descuidada junto a ropas mermadas mientras conversan de forma reiterativa a estas tempranas horas del día. Aunque su escenario es el mejor posible para cualquier humano. Están sentados al lado de una estatua clásica, de un obispo de Córdoba que fue consejero del emperador Constantino en asuntos eclesiásticos y que presidió el Concilio de Nicea en el año 325 en el que se condenó al hereje Arrio. Junto a una fuente con agua y unos jardines donde las flores exhiben creatividad. Enfrente del edificio que fuera Rectorado de la Universidad y antiguo Colegio de la Asunción.

En un espacio donde la cercana Sevilla ha levantado un rincón muy de aquella tierra donde le dice a los “ricos de la tierra, mirad al Cielo. Limosna para los pobres y enfermos”. Un espacio este de singularidad sevillana, en la plaza de Capuchinas, 3, donde habitan las Hermanas de la Cruz (fundadas en 1875 en Sevilla por Santa Ángela de la Cruz, con la finalidad de prestar servicio a los más pobres y pidiendo de puerta en puerta, se instalan en Córdoba en 1950, en una casa cedida por Antonio Martínez de la Tejada y su esposa). Y estos feligreses sin parroquia adjunta que viven cada mañana el posible imposible de su vida. En pleno centro de la ciudad, donde la oficialidad y la religión buscan espacio, presencia, un estar para ser vistas. La vida descontrolada. Sin ataduras. Al aire libre.

### **Conde de Torres Cabrera, calle que empieza en cenobio y termina en palacio**

A este espacio la historia le ha dado un sentido pedagógico. O quizá no tanto. El caso es que concita a mozas con distintas vocaciones; unas, con una encendida ilusión por borrarse del mundo, sus

pompas y sus obras y encerrarse en el anonimato de la clausura; y otras, con un deseo irrefrenable de encenderle una vela a San Antonio a ver si de una vez les busca novio. Es la eterna compensación del mundo, que de todo tiene que haber: gentes que se dediquen a Dios, y otras que se encarguen de la faena terrenal de sudar el chusco.

Parece que fueron colocados de forma estratégica por los pudientes de la época, pero lo cierto es que ambos extremos de esta calle del Conde de Torres Cabrera –antiguamente del Silencio– están tomados por sendas posesiones de señores de alta alcurnia: en uno de ellos, el que fuera propiedad del conde que le da nombre a la calle, hoy, de los Cruz Conde; en el otro, el convento de las Capuchinas, en su día casas solariegas de los Condes de Cabra, convertidas en cenobio por la vocación religiosa de la hija de los propietarios, que no tuvo ni que mudarse de sitio para entregarse a Dios. Ambas familias acaparaban títulos y posesiones a manos llenas. Nunca estuvo el mundo bien repartido.



*El compás de las Capuchinas constituye un oasis de espiritualidad y devociones populares en pleno centro de Córdoba, sin olvidar sus capiteles antiguos. (Foto FSM).*

Aunque los estudiantes de la zona y empleados con derecho a asueto de media mañana engullen sus bocatas en esta pequeña plaza sin tener en cuenta que los supervisa la estatua del obispo Osio, otras gentes, más devotas y sabedoras del terreno que pisan, entran en el convento de las hermanas Clarisas Capuchinas, paz y bien, a las espaldas del obispo, a rezar sus plegarias para la eternidad. A las once de la mañana hay mucha gente en contacto con la divinidad. Lo del claus-

tro, donde está San Antonio, “pan de los pobres”, donde hay dos espadañas bastante juntas, al final de esta galería mudéjar, es otro tipo de religiosidad, donde se venden roscos de aceite y magdalenas, lotería de Fray Leopoldo y se recoge pan de los pobres.

Alguien ha tenido que madrugar para encender las once velas que parpadean en este lugar de recogimiento. Seguro que para el 13 de junio más de una mocita entrada en años lo intenta por enésima vez. Aquí las plegarias son más humanas; no se pide la salvación eterna sino la terrenal de un compañero para ir sobrellevando tanta soledad acumulada. Este espacio, de recodos imprevistos, sin perspectivas como para que la vista abarque sus secretos de un golpe, es también un ejemplo de la idiosincrasia castiza, esa que tiene que ver con los toros y las tabernas. Y con cierta golfería de alta madrugada.

En el número 8, en la fachada de la casa correspondiente a este número, de nueva planta, una placa de torero con perfil de coleta recuerda que aquí, en esta casa, el 4 de julio de 1917, nació Manuel Rodríguez Sánchez *Manolete*. Pero parece que ya no hay fervor de torería por la zona. Aunque, si queremos, es posible evocar el sentir cordobés que, por lo visto, llega a su esencia con un medio de vino en la mano en una taberna. En la cercana Góngora, por ejemplo, esquina a la calle Obispo Fitero. Esta calle, tan estrecha como las penas, que es la parte trasera del huerto del convento de las Capuchinas, por donde los cipreses asoman, hartos, quizá, de tanto enclaustramiento, alcanza una de las mayores alturas de la ciudad. “Es creencia general que el sitio en que se reparten o dividen las aguas del arroyo de esta calle es el más elevado de Córdoba, y, con referencia a una operación hecha por los franceses, que está a la misma altura que la cabeza del San Rafael con que termina la torre de la Catedral”, dice Ramírez de Arellano en sus *Paseos por Córdoba*. Pero los muros del convento impiden la intuición de paisaje alguno.

Por aquí, en aquellos tiempos de tapaos y golferío, pasaban los peiodistas del *Córdoba*, que venían de trabajar del cercano edificio de la plaza del Cardenal Toledo. Otra época. Ahora, enfrente de donde naciera Manolete, han colocado un restaurante de noble postín –Los Berengueles– y la calle termina con una evocación de tiempos ya imposibles. Como ese palacio de los Condes de Torres Cabrera, tras cuya verja de hierro pintada de verde se oculta un mundo que pertenece a la familia Cruz Conde, de tanta notoriedad en Córdoba... donde se alojó

Alfonso XII en su visita a Córdoba en 1877 y que todavía conserva el Salón del Trono. Respondió así el monarca a la invitación del influente político Ricardo Martel Fernández de Córdoba, Conde de Torres Cabrera y hombre de confianza de Cánovas del Castillo, que había participado activamente en la restauración monárquica.

### **Obispo Fitero, la calle donde vivieron Pablo García Baena y los Señores de Villaralto**

La calle Obispo Fitero recuerda a Don Lope de Fitero, maestro y director espiritual de Fernando III, el cual lo nombró obispo tras la conquista de Córdoba en 1236. Como primer obispo de la diócesis realizó la división de canonicatos y dignidades. Muere el año 1245. Hasta los años sesenta del siglo XX esta vía era conocida y señalizada como calle Fitero, pero la existencia en ese tramo urbano de un famoso cabaret provocó las protestas de los vecinos que consiguieron del Ayuntamiento anteponer la dignidad al nombre para ennoblecerla. Bordea las blancas paredes del huerto del convento de las Capuchinas, por lo que en tiempos se llamó calle Huerto de las Capuchinas.

Al comienzo de la calle y como entrada a una moderna casa de pisos se conserva la portada del siglo XVI de la casa solariega de los Fernández de Córdoba. Posteriormente pasó a



*Al fondo del primer tramo de la calle Obispo Fitero pervive la portada del siglo XVI que perteneció a la casa solariega de los Fernández de Córdoba, posteriormente de los señores de Villaralto. (Foto FSM).*

los Montesinos, señores de Villaralto (que enlazaron con las familias Aguayo, Cárcamo, La Corte, Angulo, Góngora, Torquemada, Velasco, además de con los referidos Fernández de Córdoba, según constata el que fuera cronista de Villaralto, don Rafael Gómez Muñoz, en la página 14 de su libro *Villaralto. El Señorío y familiares del Santo Oficio*), uno de cuyos descendientes la restauró en 1875, poniendo sus armas junto con las de los Fernández de Córdoba. La portada es de piedra, enmarcada por un alfiz de columnillas con arco conopial sobre el que aparecen los escudos nobiliarios mencionados. En esta casa vivió en su día el poeta de Cántico Pablo García Baena, Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

### **El monasterio del Císter, con aquellas monjitas americanas de cierto color caribeño**

El monasterio del Císter en Córdoba es un edificio que se levanta en la calle Carbonell y Morand, frente al IES Maimónides, perteneciente a la orden benedictina y dedicado a la Purísima Concepción. Fundado en 1725, fue sede dos décadas, desde su fundación, de la Hermandad de la Sangre que ahora habita en Capuchinos y a la que buena parte de la Córdoba cofrade sigue denominando El Císter. Su iglesia es pequeña y con planta de nave única con crucero. La fachada de piedra se desarrolla en dos cuerpos, rematado el segundo por frontón curvo y hornacina con la imagen de la Inmaculada. Posee un interesante altar mayor de madera tallada y dorada del siglo XVIII, presidido en el ático por una obra pictórica de la Virgen de la Concepción.

La iniciativa de una fundación monástica en el siglo XVII respondió a fines de orden devocional y social. El aumento del culto divino y la salvación del alma se unen al afán de prestigio social, y en los conventos femeninos, al deseo de seguridad material y moral para las mujeres de la familia. La fundación del monasterio del Císter obedeció a esas motivaciones de su tiempo y a la personalidad de su fundador, Luis Fernández de Córdoba, hijo del señor de Guadalcazar, sacerdote como sus hermanos Fadrique y Andrés. En febrero de 1583 toma posesión como deán de la catedral de Córdoba.

Una mañana en esta iglesia conventual era una vuelta a la historia, a aquellos tiempos en que parece que la conquista de América comenzaba en Europa, en los conventos españoles, porque el coro de la capi-

Illa sonaba al correctísimo castellano de las monjas sudamericanas, que volvían a ser protagonistas de la historia aunque algo cambiada. Estamos en 2022, aquellas monjitas americanas con cierto color caribeño han desaparecido de la capilla y de la calle Carbonell y Morand.



*Exterior de la iglesia conventual del Cister, cuyas monjas abandonaron el cenobio en 2017 y fueron reemplazadas por los Esclavos de la Eucaristía y Santa María Virgen. (Foto FSM).*

A mediados de 2017, debido al alto número de madres cistercienses de avanzada edad que tenía la comunidad, se decidió el traslado de las mayores al Convento-Residencia de Madres Ancianas de Toledo, mejor adaptado para ellas, y las más jóvenes serían trasladadas al otro convento cisterciense de la Encarnación de Córdoba y a otros cenobios. A principios del verano de 2017 se dio a conocer que la orden masculina de Esclavos de la Eucaristía, que hasta entonces se encontraba en la ermita de Nuestra Señora de la Salud, se trasladara al histórico convento del Císter para hacerse cargo del mismo y mantener su vida espiritual.

### **El Jardín de las Dueñas, la Cope y diario Córdoba**

El convento del Císter, número 16 de la calle Carbonell y Morand, donde parece que hay más edificio que monjes, da a la plaza del Cardenal Toledo, frente al Jardín de las Dueñas. El número 4 de esta plaza –cuyo aspecto actual data de 1945, en que fue remodelada por Víctor Escribano– es la sede de Radio Popular –emisora de la Cope

donde conocí al periodista Sebastián Cuevas el día que se encaminaba a Medina Azahara para escribir su libro *Donde la mantis religiosa espera*—, al lado de donde está la Agencia de Innovación y Desarrollo de Andalucía, de la Junta.

Pero me atrae sobre todo la casa número 11, donde una placa recuerda que aquí estuvo la “primera sede de Diario Córdoba. En este lugar tuvo Diario Córdoba la sede oficial desde su fundación en julio de 1941 hasta febrero de 1975. Azulejo conmemorativo del 75 aniversario de Diario Córdoba (25 de julio de 2016)”. En los años sesenta nos trajeron una madrugada a este edificio para ver cómo funcionaba un periódico a un grupo de seminaristas que estudiábamos en el Seminario de San Pelagio. Al cabo del tiempo me jubilé como periodista de este diario, el *Córdoba*, que en 1975 había trasladado su sede al polígono industrial de La Torrecilla.

El monasterio de Santa María de las Dueñas estuvo ubicado en esta plaza desde 1370 hasta 1868. Fue fundado por Egas de Venegas y Beatriz de Tortosa en 1370 quienes entregaron unas casas de su propiedad para levantar el convento, del que poca historia ha llegado a la actualidad. Pertenecieron a la orden de San Bernardo hasta 1868, cuando fue exclaustrada la comunidad y sus religiosas se traslada-



*La fuente de mármol blanco, sombreada por palmeras y otros árboles, se alza en el centro de la plaza del Cardenal Toledo, remodelada por Víctor Escribano en 1945. (Foto FSM).*

ron al convento de la Encarnación, de la misma orden, también en Córdoba. Parte del convento sería demolido para dar lugar a la plaza de las Dueñas. La iglesia quedó en pie. Años después, parte del edificio sería utilizado como sede del cuartel de la Guardia Civil, que debido al estado de ruina en el que se encontraba sería definitivamente derruido en 1885.

### **Un hotel de cinco estrellas, la única casa en pie de los Fernández de Córdoba**

El final de la calle Cardenal Toledo, una vez que hemos pasado la estrecha calle Obispo Fitero y su encuentro con Ramírez de las Casas-Deza, es una apoteosis arquitectónica que conjuga belleza, sencillez y grandeza en su fachada. No podía ser de otra manera si ahora es la sede de Hospes, Palacio del Bailío, un hotel de cinco estrellas, casa en la que según una placa, en su día “Vivió D. Rafael Castejón y Martínez de Arizala 1893-1986. Cordobés insigne e incansable promotor de la cultura. La Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes rinde homenaje al que fue su director. Junio 1987”.



*Exterior del hotel Hospes Palacio del Bailío, en la antigua casa solariega de los Fernández de Córdoba, que Rafael Castejón recuperó y liberó de su condición de Cuartel de la Guardia Civil. (Foto FSM).*

A la entrada de este singular edificio, frente al bar –donde han tomado cerveza famosos cantantes como Serrat y Sabina–, donde se sentaba su dueño, don Rafael Castejón, para atender sus visitas, recuerdo el día en que me concedió una entrevista sentado ahí, donde ahora el capitalismo ha impuesto sus normas. Nunca se me olvidará el

esplendor de una gran casa, llena de silencio y belleza, que había incorporado a su vida don Rafael. De esas experiencias que se te quedan grabadas para siempre.

El libro *Memorias de Córdoba*, de Francisco Solano Márquez (1985), recoge conversaciones con Juan Bernier, Antonio Cruz Conde, María Teresa García Moreno, José Giménez Aroca, Ángel López-Obrero, Ricardo Rodríguez Sánchez, José Luis Sánchez Garrido, además de con Rafael Castejón, el dueño de la casa que luego sería hotel, que la describe así: “Pues sí, esto lo he creado yo mismo. Porque después de habitar aquí casi un siglo la Guardia Civil –había doscientos guardias civiles, de ellos, veinte o treinta casados, con sus familias, y lo habían llenado todo de tabiques–, yo pude derribar tabiques –sonríe victorioso– y devolverle a la casa su aspecto primitivo. Recuerdo aún cómo algunos guardias civiles viejos me decían cuando me veían por la calle: ‘Usted es un protector del pueblo porque nos sacó de aquella casa donde vivíamos indecentemente’. Yo compré esta casa en el año 28, con la Guardia Civil dentro, y en el 32, a raíz de la disolución del Regimiento de Infantería de La Reina, el Cuartel de la Victoria, que ocupaba, quedó vacío; me moví, hice gestiones y conseguí que la Guardia Civil se instalara en el Cuartel. Desde entonces, poco a poco, he ido arreglando esto; no soy un hombre de mucho dinero, pero en fin, he enterrado aquí el poco dinero que ganaba en mi laboratorio y en mi cátedra; y vivo feliz”. Y prosigue don Rafael: “Yo estoy orgulloso de haber salvado esta casa solariega de la destrucción. Mire usted, los Fernández de Córdoba, en sus diversas ramas, llegaron a tener en Córdoba cuatro casas solariegas, y hoy no queda más que ésta; las otras han sido destruidas casi en nuestra generación”.

La casa solariega de la rama principal de los Fernández de Córdoba era el palacio de la Marquesa del Mérito, luego Gobierno Civil y hoy el edificio de pisos Gran Capitán; la rama de los Condes de Cabra tuvo la suya en lo que hoy es el convento de las Capuchinas, en la plaza de Osio; mientras que en la calle Fitero tuvo su casa la rama del Señor de Lucena, y del Señorío de Villaralto, de la que sólo sobrevive la portada. Así que lo que hoy es Hospes-Palacio del Bailío es la única casa que se mantiene en pie de cuantas tuvo en Córdoba aquella poderosa familia descendiente del Gran Capitán. Primero compró en el año 28 una parte al torero Machaquito, como se ha dicho, y casi medio

siglo después adquirió la parte recayente a la Cuesta del Bailío, que era propiedad de la Iglesia diocesana.

### **Por la Cuesta del Bailío, un resumen de la eternidad que se concreta en arte y creencias**

La Cuesta del Bailío es como un escenario de buganvillas, escalones, cal, cruces, espadañas, campanas, tejados y cielos azules. Y un recuerdo de tambores y saetas de Semana Santa y de sevillanas y belleza de flores en la Cruz de Mayo. Hay un ciprés delante de la portada plateresca de la Casa del Bailío que, según Ramírez de Arellano, es una “de las más hermosas de Córdoba por sus buenas y anchurosas habitaciones, jardines, escaleras y todo lo que constituye un verdadero palacio”.



*Perspectiva de la Cuesta del Bailío, “escenario de buganvillas, escalones, cal, cruces, espadañas, campanas, tejados y cielos azules”, según el autor. (Foto FSM).*

Según explica una placa frente a la casa “se da el nombre de bailío al caballero profeso de la Orden de San Juan que, por antigüedad o gracia especial del gran maestro de la Orden, adquiriría una especie de dignidad o encomienda denominada bailiaje. Estas casas pertenecieron a las familias Corbacho y Cárcamo, pasando en el siglo XVI a fray Pedro Núñez de Herrera, bailío de Lora, hijo de Alonso Fernández de Córdoba, quinto señor de Aguilar. Ocupan un gran solar y tienen dos accesos, uno por la calle Ramírez de las Casas-Deza y otro por la

Cuesta del Bailío. En su interior, entre otras cosas destacables, se conservan pinturas murales con episodios de la vida del Gran Capitán y una sala neoárabe diseñada por Agustín Vicente Inurria y Julio Romero de Torres. La portada del Bailío, de hacia 1530, se atribuye a Hernán Ruiz el Viejo. La propiedad se halla dividida en la actualidad entre la Fundación Roger Garaudy y un lujoso complejo hotelero”.

Este espacio es una especie de resumen de la eternidad que se concreta en arte, misterio, creencias y belleza sublime. Históricamente, la Cuesta del Bailío fue una de las comunicaciones de la ciudad entre la parte alta (Medina o Villa) y la baja (Axerquía) que atravesaba la muralla de origen romano, y que actualmente une las calles Carbonell y Morand discurriendo hasta la calle Alfaros. Hasta 1711 se ubicó aquí el denominado arco o portillo de Corbacho que dio nombre a esta zona que, una vez derruido, hizo que pudiera ampliarse la anchura de la cuesta. En 1943-44 se configuró su aspecto actual por el arquitecto Víctor Escribano Ucelay, con la construcción de la fuente neobarroca de piedra negra pulida coronada por una cruz, aunque ya había en este punto anteriormente un abastecimiento de agua; y, especialmente, la transformación de cuesta a escalera con sus característicos treinta y dos escalones, de los cuales solo uno no se encuentra realizado en el típico chino cordobés con dibujos decorativos. Asimismo, también se encuentran en la pared nueve crucifijos de madera que simbolizan el paso de un vía crucis, posiblemente instalado en el siglo XVIII tras la construcción del cercano Cristo de los Faroles.

Según se asciende la cuesta, a mano derecha se encuentra la pared del huerto de los Capuchinos, donde se exhibe un mar de buganvillas. En la parte alta de la cuesta, a mano derecha se abre un pequeño callejón que desemboca en la contigua Plaza de los Capuchinos, donde se aparece en silencio el Cristo de los Faroles. En la parte alta de la Cuesta se halla un azulejo realizado en 1924 de la Virgen de los Dolores, por donde solía pasar Manolete, donde dicen que rezaba asiduamente a la imagen antes de asistir a sus corridas de toros. En febrero de 2015 se instaló un azulejo en honor al 75 aniversario de la creación de la hermandad de la Esperanza, debido a sus vínculos con la Cuesta del Bailío. Diversas cofradías han discurrido por este paso durante la Semana Santa, aunque en 2017 la hermandad de la Esperanza, la única que transcurría por el lugar, cesó su paso por la Cuesta para acortar los tiempos de procesión.

## Algarabía colegial y memoria de las noches de juventud

La calle Teniente Albornoz, por detrás del palacio de los Cruz Conde y del colegio de la Divina Pastora, resume la vida de por la mañana en una céntrica zona de la ciudad del siglo XXI: apenas se oyen motores de coches pero sí es constante la algarabía de recreo de los colegiales de la Divina Pastora. La ludoteca El Búho, en la esquina de la calle con Conde de Torres Cabrera, ocupa ahora el espacio donde hace tiempo todos los viernes se anunciaba una conferencia de Nueva Acrópolis. No todos los viernes pero sí de vez en cuando quedaba en El Portón, un pub ya cerrado de esta calle, con el teniente de alcalde José Luis Villegas, tiempo en que entre información e información el estómago nos reclamaba champán.

Salimos de la calle Teniente Albornoz sin abandonar el ruido de los colegiales, que es vida, y nos adentramos en la calle Osario, a la altura de la placita Vaca de Alfaro, donde el primer torero califa, Rafael Molina Sánchez *Lagartijo*, luce su estatua casi en un silencio invisible. Pero enfrente de la que fue su casa –cuya puerta del zaguán se conserva: arco de medio punto, flanqueado por columnas pareadas, aunque la cancela es nueva–, ahora colegio de la Divina Pastora, donde el torero daba una comida semanal a los pobres y se ofrecía como padrino de los niños de familias humildes a los que bautizaran con el nombre de Rafael o Rafaela.

Pasamos por El Desván, unas puertas cerradas que guardan parte de nuestras vivencias de finales de los setenta y los ochenta, un pub que invitaba a otros mundos, como también el Araña, más cerca de la calle Ramírez de Arellano, casi al lado de Domingo Muñoz, donde El Aljibe, el pub de Angelito Pérez Hornero, era una llamada perenne a mantener las noches bien despiertas. Las flores de Santa Marta de la calle Burell nos indican que por esta zona la vida sigue su curso de manera continua, con ruido de taxis y de avenidas, silencio de calles intransitadas y vistas de otros mundos, como el del palacio de los Marqueses de Valdeflores, un edificio terminado en la segunda década del siglo XX, en la plaza de las Doblás, ahora dedicado a la Fundación Miguel Castillejo y en su día propiedad de Rafael Gómez *Sandokán*.

Frente al palacio, en el jardín de Fray Ricardo de Córdoba –en la plaza, donde el escultor José Manuel Belmonte tenía un trabajo suyo dedicado a Juan de Mesa que fue trasladado al lado de la parroquia de

San Pedro—, hay expuestas basas y fustes del templo de Claudio Marcelo. En Conde de Torres Cabrera, por la zona de la clínica del doctor Bogas, donde acudían los cordobeses a adelgazar, llegamos a la Puerta Osario, frente a los Jardines de Colón. Pero nos volvemos para atrás, para la plaza de Capuchinos, antigua plaza de la Almunia. Para adentrarnos en uno de los territorios más genuinamente cordobeses, una plaza en silencio donde el Cristo de los Faroles convoca a la religiosidad y a la belleza. Pero quizá después de haber tomado una torta apesitiñada en la confitería La Purísima, donde ahora se ha levantado el hotel Capuchinos.

### **El Cristo de los Faroles, la plaza que guarda las esencias de la mística castiza**

Antes de entrar en la plaza, el poeta Mario López, en una placa que titula *Plaza de los Dolores*, define este espacio como un recinto de silencios... donde la perspectiva pinta un cuadro de belleza geométrica con una mujer en primer término, más allá el Cristo de los Faroles, al fondo las líneas rectas de la fachada de la iglesia de los Capuchinos y un cielo azul traspasado por un ciprés que se asoma a un firmamento que envuelve la religiosidad que aquí se siente.



*“La esencia de esta plaza de cal y cielo descubierta, de blancos y azules andaluces, es la interioridad del ser humano”, así la contempla el autor del texto. (Foto FSM).*

A esta plaza hay que venir para perderse. También para leer la inscripción mural que hay a un lado del Cristo de los Faroles: “Todos los fieles que rezaren devotamente un credo delante de esta sagrada ymagen del Ssmo. Christo de los Desagravios y Misericordias, ganan trescientos y sesenta días de indulgencia concedidos por diferentes preladados. Año de 1794”. Y para transportarse al interior de esos espíritus religiosos que de los templos, la cera, los padrenuestros y las avemarías hacen el centro de su mundo. O, al menos, un hueco significativo. Porque en este espacio lo que se respira –más allá del tópic de postal castiza– es paz o sensaciones tan personales como la vida, la muerte, la culpa o el ansia, insatisfecha, de felicidad.

El ciprés que asoma por detrás de la tapia de Capuchinos resume toda esa intemporalidad del ser humano. Y las antenas de televisión, los cocheros y la ciudad que se va para la plaza de las Doblas, por detrás del Cristo de mármol blanco, ponen el contrapunto mundano. Lo mismo que los coches de caballos, las bodas multitudinarias y el rodaje de películas de tipismo made in Córdoba. Pero son simples anécdotas. La esencia de esta plaza de cal y cielo descubierta, de blancos y azules andaluces, es la interioridad del ser humano que, eso sí, es tan contradictorio como para pasar del pecado al arrepentimiento, de la lágrima a la juerga o de la devoción y el postrarse de hinojos a la blasfemia.

Como toda buena historia que se precie en España, la de esta plaza es un remedo de otras cien mil más. En su origen hay un señor potentado, en este caso el Marqués de la Almunia (que en un tiempo le dio nombre a este espacio); sendos clérigos empecinados, el beato Posadas y fray Luis de Granada; una actuación estatal –las desamortizaciones de 1810, 1821 y 1836–; y, evidentemente, como no podía ser de otra manera, el pueblo, que en un indiscutible fervor popular se encarga de que todo permanezca en el tiempo.

Así, el Cristo de los Faroles, de la Agonía, de los Desagravios, de la Misericordia, de Capuchinos o de los Dolores –de casi tantas denominaciones como la plaza: de la Almunia, del Corbacho o de Capuchinos–, junto a la Virgen de los Dolores, conocida popularmente como la “Señora de Córdoba” por ser la principal devoción de la ciudad, junto con la del Custodio San Rafael; una imagen de candelero realizada en el siglo XVII por Juan Prieto que tiene su principal centro de culto en la plaza del Cristo de los Faroles, espacio en el que ambas

devociones han aguardado durante siglos las plegarias de miles de cordobeses y fieles. Venerada en el templo del antiguo hospital de San Jacinto, hace de los viernes (sobre todo el de Dolores) una peregrinación que se pierde en la memoria del tiempo. O, al menos, hasta 1794, fecha en la que se supone se erigió el Crucificado en la plaza, cuyo autor, dicen las crónicas, es el cantero Juan Navarro a raíz de un triduo predicado por fray Diego de Cádiz.

Asimismo, la Virgen de la Paz y Esperanza, bendecida el 8 de septiembre de 1939 en la parroquia de San Andrés, fue trasladada a la iglesia conventual de Santo Ángel, en la feligresía de San Miguel, en la plaza de Capuchinos o del Cristo de los Faroles, donde se erigió canónicamente esta hermandad y cofradía.

No es que la religiosidad y la cámara fotográfica o de cine sean conceptos antagónicos. Por lo que cualquier turista o ciudadano con móvil pueden retratar este espacio con más sentimiento que un devoto fijo de viernes. No obstante, una cierta banalización de focos y flashes ha “profanado” este espacio que ha resaltado su aspecto más cañí y menos auténtico.

Aquí rodó José Buchs una versión muda de *Carceleras* en 1922 y otra hablada diez años después. Juanito Valderrama hizo de *rey de la carretera* en 1954 a las órdenes de Juan Fortuny. Antonio Molina fue el elegido por Gonzalo Delgrás para ser el intérprete de *El Cristo de los Faroles* en 1957, cinta en la que también aparecían Jesús Puente y Rafaela Aparicio. También Julio Romero de Torres tiene que ver con la historia de esta plaza. La antigua calle Mascarones se rebautizó con el nombre del pintor en 1920 y ostenta un rótulo artístico, plasmado en finos azulejos sevillanos con su nombre, flanqueado por el escudo y el sello de Córdoba. Según Mercedes Valverde, especialista en la vida y obra del artista, cuando el Ayuntamiento acordó poner su nombre a la calle los amigos y admiradores promovieron una suscripción pública para costearlo, logrando 1.068,45 pesetas, así que sobró dinero para reproducir en azulejo su famoso cuadro *La saeta*, que se colocó en la fachada de la iglesia de los Dolores.

Es en las cercanías de la Semana Santa cuando este espacio mezcla el azahar con el incienso y eleva la devoción diaria de un rápido padrenuestro de devota con bolsa de plástico a la categoría de sentimiento popular. Es el tiempo en que las saetas revisten la cal de una ascética popular y el cielo se abre para escuchar las imploraciones de desgana.

ro flamenco. Y el momento de la eclosión cofrade que Martes, Miércoles y Viernes Santo acude a este céntrico lugar para sentir, como abigarrado gentío, el éxtasis de la Pasión. Y comprobar que la de Capuchinos es la plaza donde el Cristo de los Faroles presta su mística castiza a las películas que se han rodado en este entorno de silencio blanco, donde Ornella Muti apareció como colegiala de las Francesas en *La casa de las palomas*.

*La Virgen de los Dolores, “la Señora de Córdoba”, iniciando su estación de penitencia en la plaza de Capuchinos un Viernes Santo al atardecer. (Foto cortesía de la Hermandad).*



## ANEXO

### Breve explicación de los topónimos del barrio San Miguel-Capuchinos

por Francisco Román Morales

**Afligidos**, calleja. Barrera situada en la calle Alfonso XIII. Su nombre alude a un hospital que se fundó en ese lugar con el nombre de La Preciosa Sangre de Cristo, Santa Úrsula y las Once mil Vírgenes y San Acadio.

**Alfonso XIII** (compartida con la Compañía). Llamado «El Africano» (Madrid, 1886-Roma, 1941) Esta calle es una de las más antiguas de Córdoba y debe su nombre al recuerdo del discurso pronunciado por el monarca en el Círculo de la Amistad el 23 de mayo de 1921 y que propiciaría la dictadura de Primo de Rivera.

**Arquitecto José Rebollo Dicenta**. (Madrid, 1914-Córdoba, 2012). Arquitecto y urbanista, ejerció como arquitecto municipal de Córdoba a partir de 1955, debiéndose a él parte de las reformas en la ciudad gracias al Plan General de Ordenación Urbana de 1958.

**Burell.** Julio Burell Cuéllar [Iznájar (Córdoba), 1859-Madrid, 1919]. Periodista y político, primero republicano y luego liberal. Fue diputado en Córdoba, ocupó diversos cargos públicos y la cartera de Instrucción Pública con Canalejas (1910).

**Capuchinas,** plaza de. Esta pequeña y recoleta plaza está presidida por la iglesia del convento de San Rafael de madres Capuchinas (1655), que le da nombre al enclave.

**Capuchinos,** plaza de. La imagen pétrea del Cristo de los Desagravios y Misericordia, “el Cristo de los Faroles”; la iglesia del convento franciscano que le da nombre y el antiguo Hospital de San Jacinto constituyen, probablemente, el enclave más emblemático de la ciudad.

**Carbonell y Morand.** El topónimo recuerda la figura de don Carlos Carbonell y Morand [Alcoy (Alicante), 1856-Córdoba, 1917], hijo mayor del fundador de la casa Carbonell, verdadero impulsor de la compañía, creador del lema de la casa: “La unión, la providencia y el trabajo”.

**Cardenal Toledo,** plaza. Francisco de Toledo (Córdoba, 1532-Roma, 1596). Cardenal, jesuita y teólogo, fue un gran orador. Se le confiaron importantes misiones eclesiásticas, tales como organizar una Liga contra los turcos y distintas misiones diplomáticas para los papas Gregorio XIII, Gregorio XIV, Inocencio IX y Clemente VIII en Austria, Polonia, Baviera y Flandes. Está considerado un excelente escritor y buen consejero de príncipes y papas.

**Conde de Torres Cabrera.** El nombre de esta calle recuerda a uno de los nobles linajes cordobeses: la Casa de Torres Cabrera y más concretamente a Ricardo Martel y Fernández de Córdoba (Córdoba, 1832-1917), jefe del Partido Conservador y protagonista de la vida política cordobesa de la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX.

**Cuesta del Bailío.** Constituyó uno de los cinco pasos que, en la Edad Media, comunicaban la Medina con la Ajerquía. Recibió el nombre del Bailío por un noble de la familia de los Fernández de Córdoba, que alcanzó tal dignidad eclesiástica y que vivía en la casa fronterera, conocida por tal título.

**Doblas,** plaza de las. En opinión de Ramírez de Arellano el nombre procedería de la familia de los Doblas, aladrereros muy acreditados en la ciudad.

**Domingo Muñoz.** Acompañaba a Fernando III en la conquista de la ciudad. Don Teodomiro afirma que fue un “famoso adalid... principal conquistador de Córdoba”.

**Dueñas,** jardín de las. Este bello rincón recibe su nombre del desaparecido convento de Santa María de las Dueñas, fundado en 1370 por Egas de Venegas y Beatriz Tortosa. Exclaustradas sus religiosas, benitas y bernardas, en 1868, fue demolido en 1884-85 dando lugar a la actual plaza del Cardenal Toledo.

**Fray Ricardo de Córdoba,** jardín. Ricardo del Olmo López, Fray Ricardo de Córdoba (Córdoba, 1946-2019). Sacerdote y fraile capuchino. Principalmente se le conoce por su faceta como cofrade, pregonero, diseñador e impulsor de cofradías de Semana Santa.

**Nuestra Señora de la Paz y Esperanza.** Conocida popularmente como la “Paloma de Capuchinos”, es la titular de la hermandad fundada en 1940 por un grupo de

excombatientes. La imagen es obra de Juan Martínez Cerrillo (1939). El sábado 15 de octubre de 2022 recibió la coronación pontificia de manos del obispo de la diócesis Demetrio Fernández.

**Obispo Fitero.** Lope de Fitero fue maestro y director espiritual de Fernando III. Ocupó la cátedra de Osio entre 1236 y 1245. Bajo su pontificado se realizó la primera división de diezmos, dignidades, canonicatos y prebendas de la diócesis de Córdoba.

**Puerta del Rincón,** calle (compartida San Miguel-Capuchinos y Santa Marina). Situada en la confluencia de la Villa y la Ajerquía, recibe el nombre por su situación en un rincón del perímetro amurallado. Fue demolida en 1852.

**Ramírez de las Casas-Deza.** Luis María Ramírez de las Casas-Deza (Córdoba, 1802-1874). Médico y erudito, miembro de la Real Academia de Córdoba, de la que fue secretario y censor hasta su muerte. El *Indicador cordobés* es su obra más conocida.

**San Zoilo.** Hijo de un patricio cordobés que era cristiano. Durante la persecución romana de Diocleciano y Maximiano padeció el martirio junto con diecinueve compañeros el 25 de junio del año 303.

**Teniente Albornoz.** Julio Albornoz y Martel fue un militar cordobés que combatió con el grado de teniente en la Guerra del Rif, falleciendo el 21 de julio de 1921 en la batalla de Annual (Marruecos).

Este callejeo por el casco histórico se concibe como una serie de paseos descriptivos por los barrios tradicionales que surgieron a partir de la conquista cristiana en torno a las parroquias fernandinas; un periodismo de inmersión en los barrios que conjuga descripciones, evocaciones históricas, referencias artísticas y testimonios de variada índole, con la aspiración final de ofrecer unos textos divulgativos e ilustrados al alcance de todo tipo de lectores. Los trabajos originales fueron expuestos por los autores –periodistas vinculados a los tres diarios cordobeses 'de papel', académicos en su mayoría– a lo largo de un ciclo celebrado en noviembre de 2023 y ahora recopilados en estas páginas que pretenden salvarlos de su fugacidad. La inclusión en la colección que la Real Academia de Córdoba dedica a Teodomiro Ramírez de Arellano coincide con el 150 aniversario de la publicación escalonada de los *Paseos por Córdoba*, una obra popular y de referencia, y por tanto pretenden rendir homenaje a tan preclaro cronista.

Entre las singularidades que el Presidente de la RAC, Bartolomé Valle, aprecia en la presentación de esta obra, la primera es la conceptualización de los barrios de hoy, pues "con independencia de su delimitación administrativa actual, los barrios del casco histórico de Córdoba son un balcón a la Edad Media, un reflejo de las collaciones y que cuando los mencionamos, en realidad, aludimos a la parroquia matriz en torno a la cual se integra el callejero y aglutina la feligresía. En realidad se trata de parroquias con barrio que integran la paradoja aparente de un vecindario cristiano que habita sobre un parcelario de morfología musulmana".

